

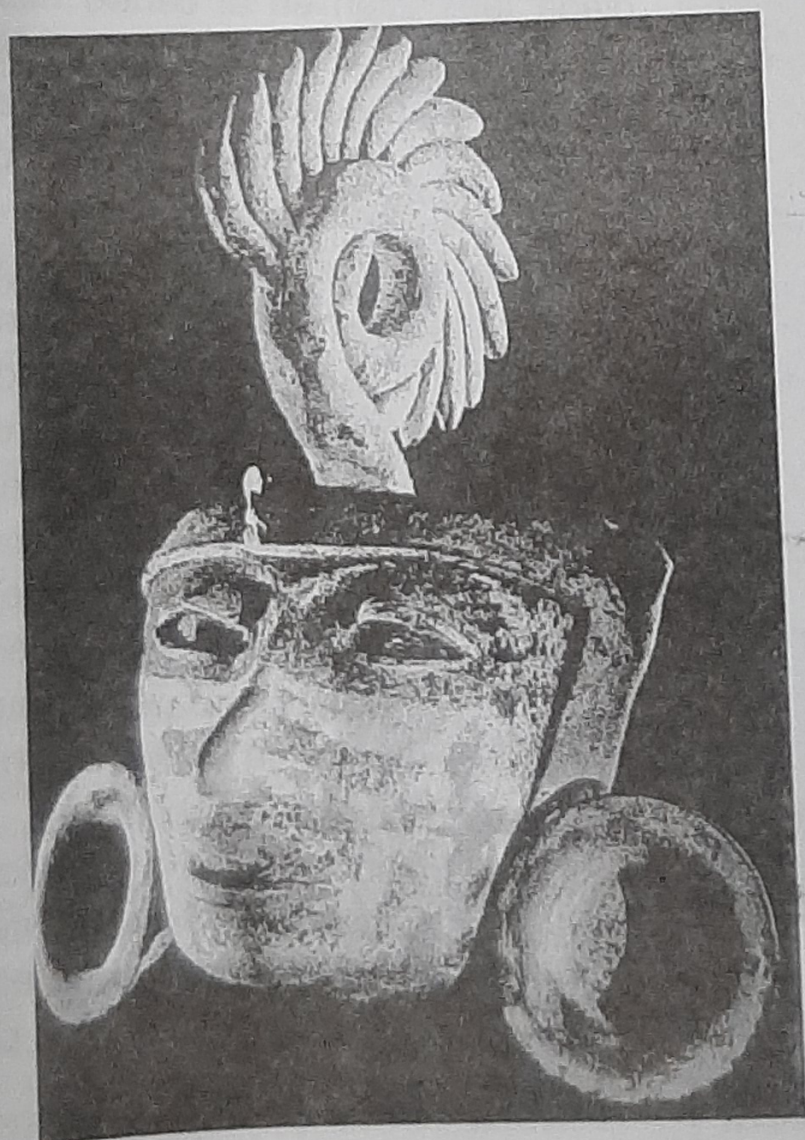
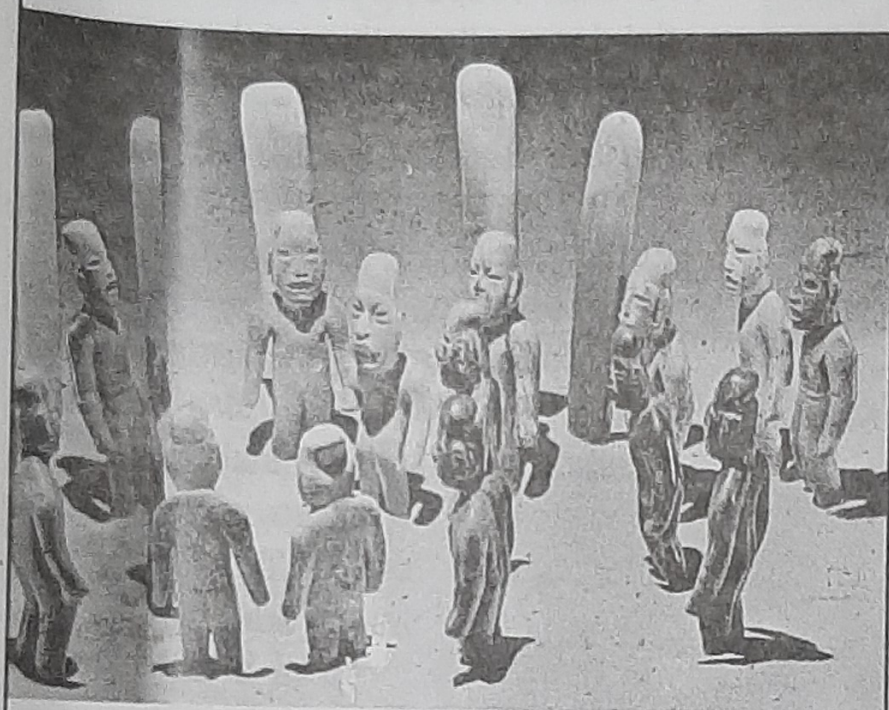
La Comuna

Nº 14
Marzo
de 2004

Revista teórica-ideológica del Partido
Revolucionario de los Trabajadores



2 pesos



Página 2

Editorial

Páginas 3 a 9

El desarrollo del Capitalismo Monopolista de Estado en Argentina (1975-1982)

Páginas 10 y 11

Algunas cuestiones políticas relacionadas con el análisis del nuevo proletariado

Páginas 12 y 13

La democracia directa

Páginas 14 a 16

El rol de los sindicatos en el C.M.E.

En este número traemos a la discusión un conjunto de temas y cuestiones que contribuyen a profundizar respecto de las tendencias del desarrollo político del movimiento de masas en ascenso y el papel del proletariado dentro del mismo. El marco general es entonces una nota relacionada con el proceso de avance del esquema de Capitalismo Monopolista de Estado (CME) entre 1975 y 1982. Otro artículo avanza en la especificidad de la evaluación del nuevo proletariado, analizado el mismo de su lugar actual en el proceso productivo y dando dimensión precisa a su “privilegiada” ubicación en el centro mismo de la cadena de generación del valor en la producción capitalista, donde nuevas formas de producción implican un obrero metido a fondo en el proceso productivo. Esta acción, además, conforma una clase obrera cada vez más nutrida en experiencias de democracia directa en la producción que se extiende cada día más al nivel de la lucha política. Contra esta tendencia, aparece una nota sobre los sindicatos que de la mano de los cambios en la economía y Estado en la últimas décadas cumplen un rol más “avanzado” que el de tradicionales “negociadores reformistas” con la patronal, al convertirse ellos mismos en empresarios de sus propios trabajadores.

El desarrollo del Capitalismo Monopolista de Estado en Argentina (1975-1982)

En función de profundizar nuestro análisis sobre la actual fase del capitalismo en Argentina, proponemos continuar una revisión básica de cuáles han sido las principales políticas burguesas orientadas a la transformación del Estado entre 1975 y 1983. Pensamos que la forma más correcta de enfocar el tema es desde la perspectiva de cómo estas políticas han sido el resultado concreto de la dinámica de la lucha de clases en Argentina en su relación con las correspondientes fases del modelo capitalista hegemónico a nivel mundial. Los cambios en la política y en la economía resultan del proceso de tensión que existe entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción.

1. Introducción

El análisis respecto del carácter de la política económica y social para tener una dimensión real, debe partir de la propia dinámica de la lucha de clases, proceso que a su vez opera en consonancia con las condiciones concretas del contexto económico y político a escala mundial. Enfatizamos esta cuestión de manera especial, porque la crisis política de la hegemonía burguesa que se profundiza en Argentina a partir de 1975 - después del activo proceso de huelgas obreras entre junio y julio-, si bien tiene su raíz específica en el desarrollo de las luchas políticas locales que habían arrancado 20 años atrás a partir del derrocamiento de Perón, también tuvieron un marco muy específico dado por un contexto mundial, donde se redefinieron en las principales economías capitalistas el rol del Estado y el tipo y amplitud de las alianzas de clases en el poder. La crisis de 1975 implicó el quiebre final de una alianza de clases histórica que duró cerca de 30 años y que estaba integrada por el capital industrial, la clase obrera y la burocracia del Estado, que en términos sociales habían constituido un proyecto de Capitalismo de Estado.¹

2. El contexto internacional de los '70

La disputa por la hegemonía ocurrió en una fase mundial en la que el detonante había sido la explosiva suba del precio del petróleo por parte de la OPEP. La aceleración de la inflación mundial puso en evidencia graves problemas de productividad en las economías desarrolladas, en especial la de Estados Unidos. Así, la década del '70 fue central en la definición de nuevas estrategias en la economía capitalista a nivel mundial. El arranque de este proceso fue la "Crisis del Petróleo" (1973) que puso en evidencia muy especialmente los problemas de productividad que tenía la economía de los Estados Unidos y las limitaciones del esquema Fordista de organización de la relación capital-trabajo.² Esta situación se agudiza aún más por la tensión política internacional ocurrida después de la unificación revolucionaria de Vietnam del Sur, momento histórico conocido como la "Caída de Saigón" (abril 1975). Una nueva vuelta de tuerca en este proceso es la caída del Sha de Irán en 1979 con nuevo impacto sobre los precios del petróleo. La crisis desarrolló una disputa que dio sustento a la implementación de nuevos conceptos en las modalidades de acumulación capitalista, que cada vez con mayor intensidad se fueron reflejando a nivel de las políticas del Estado. Esto implicó en lo concreto una vuelta de tuerca en el desarrollo del Capitalismo Monopolista de Estado (CME) a escala mundial. Dado que los proyectos burgueses que operan en cada etapa de la lucha de clase local en general se corresponden con el estadio de la lucha de clases a

nivel mundial, este pico de tensión tuvo su impacto directo sobre nuestro país. Bajo esta premisa, puede pensarse que la ola revolucionaria mundial iniciada en 1959 a partir de la Revolución Cubana y que se extendió aproximadamente hasta la Revolución Sandinista en 1979, dio paso a una poderosa contra-reacción en el seno del poder capitalista mundial. Con el inicio de una abierta estrategia conservadora y de específica orientación contrarrevolucionaria, las condiciones políticas y sociales abiertas por la crisis permitieron el surgimiento de los modelos “Reaganomics” (1980/1988) -aplicado en Estados Unidos- y el “Tatcherista” (1979/1994) -impuesto por más de una década en Inglaterra-. Una de las estrategias centrales de los mismos fue la destrucción de los esquema de regulación capitalistas conocidos como “Estado Benefactor” donde una de las palancas centrales fue las políticas de privatización y las desregulaciones a nivel del mercado de trabajo que permitieran reducir estratégicamente el empleo sindicalizado. Esta política económica y social resultó la base de nuevas estrategias capitalista orientadas al desarrollo de la productividad como motor central.

3. Antecedentes de la crisis de 1975

Para entender los acontecimientos políticos y económicos de 1975, sin duda es necesario retrotraerse a 1955, momento que marca el fin de la “revolución burguesa”³ encarnada en el peronismo como fuerza social y la necesaria revisión por parte de la burguesía de su política de alianza con la clase obrera dentro de un modelo de Capitalismo de Estado. Este modelo sustentado en el fuerte control y presencia del Estado en las principales áreas de la economía, las finanzas y la organización social en general, se había sostenido principalmente por el desarrollo de una modalidad de acumulación del capital de tipo extensivo basado centralmente en el predominio de la plusvalía absoluta. La crisis de este modelo se produce a partir de la saturación del mercado interno y la falta de competitividad de la economía, cuestión que generaba recurrentes crisis en la balanza comercial. Esta situación requería producir un cambio de orientación y una reformulación estratégica del modelo económico. El contexto mundial de comienzo de los cincuenta era la creciente ingerencia de las empresas norteamericanas en el mundo y la rápida recuperación de las economías europeas en la post-guerra a partir del Plan Marshall. Así, la crisis económica local iniciada en 1952 -como simple producto de una fuerte sequía que afectó al sector agropecuario generador de divisas- dio lugar al inicio de una disputa interburguesa y la progresiva pérdida de poder de la fracción más importante de la burguesía nacional de orientación industrialista. Esta disputa fue la que tuvo su eclosión final en 1975 y también su superación a partir de la decisiva ingerencia del capital financiero.

Nuestro énfasis en esta cuestión radica en que desde 1975 nunca más la clase obrera volvió a ser parte de ninguna de las alianzas políticas y económicas lideradas por la burguesía que han dirigido y gobernado este país, siendo además un sector social afectado decisivamente por los continuos procesos de ajuste. El por qué de este desplazamiento está en el creciente rol jugado por el capital financiero en todo este período, buscando destruir los grados de maduración política de la clase obrera.⁴ La maduración política de la clase obrera afectaba objetivamente las condiciones para que se produjera una acelerada centralización de la riqueza y una mayor “extranjerización” de la economía.

4. El “pacto social” (1973)

El análisis de los años posteriores al derrocamiento del “Peronismo” (1956-1972) y los diversos intentos burgueses de orientación “desarrollistas” tendientes a restaurar de alguna forma el orden burgués (Aramburu, Frondizi, Guido, Illia), como el primer gobierno de orientación pro-monopólica (Onganía), no hicieron más que agudizar la lucha de clases, situación que llevó a un salto cualitativo del movimiento de masas que había comenzado su ascenso a partir de la secuencia de luchas conocidas como Cordobazo - Rosariazo - Viborazo (1969/1971).

El conjunto de estas luchas sociales y políticas abrió todo un período de extensión y generalización de la acción de las masas, donde la iniciativa política estuvo por largos períodos en manos de la clase obrera. Así, la salida de las FF.AA. del gobierno en un marco de activa movilización popular llevó a los resultados electorales de 1973 (Héctor Campora) y 1974 (Juan Domingo Perón), procesos cargados de expectativas “democráticas” de los sectores populares en el marco de la hegemonía burguesa. En este período, el conjunto de las representaciones sociales burguesas —y en particular el capital financiero— experimentaron un fuerte retroceso en la esfera política, situación que buscaron compensar con fuerte presiones económicas en todos los campos de acción disponibles y que estaban bajo su control directo. Comienza así un claro proceso de enfrentamiento que marca el punto de arranque del proyecto de adecuación de Argentina a la nueva tendencia mundial que manifiesta la inviabilidad del “Estado Benefactor” como modelo burgués de conciliación de las clases, cuya expresión política era el “reformismo”. Los modelos de empleo y salarios que garantizaban un cierto nivel de consumo a las masas ya no sirven para sostener el disciplinamiento social. Ahora el capital financiero busca la liquidación global de la ingerencia “reformista” en las acciones del Estado donde, desde mediados de los ‘60, ya registraba avances. Esto implicó para la clase capitalista local intentar una modificación sustancial respecto a las estrategias y tácticas políticas que hasta entonces había aplicado. En este contexto, los grandes grupos empresarios que controlaban los principales mercados de tipo oligopólico comenzaron una fuerte ofensiva contra los acuerdos del “Pacto Social” firmado en junio de 1973. Su principal línea de acción, se basó fundamentalmente en: el desabastecimiento de bienes de consumo, la no renovación de las áreas agrícolas sembradas y la reducción de las exportaciones y crecimiento de las exportaciones clandestinas. Todos estos factores, combinados con la activa movilización social y política con iniciativa proletaria contribuyeron a desarrollar en profundidad la crisis económica y social. Las nuevas condiciones de enfrentamiento derivaron en una abierta crisis política, que expresaba la crisis para la burguesía de poder ejercer la dominación política y social.

Así, llegamos específicamente a 1975 momento en que se desarrolló una muy particular crisis múltiple. Por una parte se había agudizado la crisis económica que se expresó el 4 de junio de 1975 en las drásticas medidas antipopulares (devaluación del peso, liberalización del control de precios, aumento de las tarifas públicas) que tuvieron como reacción al “Rodrigazo”.⁵ Por otra parte, se profundiza la crisis parlamentaria y del conjunto del sistema político-institucional con intenciones de representatividad de las diversas fracciones de la burguesía; y en tercer (y más importante) lugar, la movilización popular encabezada por el proletariado arrinconaba al gobierno de Isabel Perón, que se ve obligado a “despedir” en menos de un mes a varios de sus ministros.⁶ Dichas situaciones, llevaron a una crisis general nacional. En estas condiciones, el capital financiero local

que intentaba un proyecto de articulación internacional y el capital financiero internacional que buscaba recuperar espacios de poder, se lanzaron unidos a la lucha abierta por el control del aparato del Estado en un esfuerzo por conducir la dirección del proceso político y social en un sentido más favorable para los intereses de la fracción clase capitalista dominante. Para poder avanzar en este sentido, el nuevo modelo económico-social tuvo que golpear con fuerza al proletariado movilizad y también a la alianza implícita que aún existía entre un sector minoritario del capital industrial y la clase obrera. Esta alianza se había sustentado en el plano social básicamente en un esquema de “casi pleno empleo” y “altos salarios”. Debe tenerse en cuenta que la estrategia “populista” con base en la distribución progresiva del ingreso tendiente a la ampliación del mercado interno era una situación que no permitía mantener el orden económico-social necesario para un desarrollo más global de los negocios –especialmente el financiero- acordes con las nuevas condiciones mundiales.

En Argentina, las contradicciones entre las fracciones capitalistas (de los ‘60 a los ‘70) estaban asentadas principalmente en las trabas objetivas que el modelo industrial-populista imponía para el desarrollo de estrategias sustentadas en negocios de carácter financiero en plena expansión como resultado de los gigantescos excedentes monetarios generados por la crisis petrolera de 1973. Aunque debe aclararse que hacia 1975 el avance de los capitales financieros se mostraba incontenible en el plano político y se expresaba en los continuos cambios de representantes en la superestructura. En ese corto período, el único contendor fuerte era la movilización popular encabezada por la clase obrera.

Por otro lado, para aumentar la escala de los negocios financieros, era necesario debilitar el poder económico de la industria vía la centralización forzada y llevarlo ahora a los bancos y al mundo de las finanzas; este golpe a la industria era asimismo un golpe directo al empleo y las condiciones de vida de la clase obrera. Si bien el proyecto de desarrollo económico sustentado en un esquema del tipo Capitalismo de Estado había comenzado ya a ser subordinado política y económicamente con el golpe militar de 1955, éste arrastró por décadas un conjunto de importantes condicionamientos para el capital rentista con decisivos efectos sobre la estructura social y productiva, además de reducir la tasa de ganancia. Los principales condicionamientos eran:

- a) El alto nivel de retribución cuantitativa a la fuerza de trabajo y una clase obrera organizada nacionalmente que defendía sus conquistas en la calle;
 - b) Una división social del trabajo muy extendida, tendiendo al pleno empleo, situación expresada en la producción diversificada para abastecer el mercado interno;
 - c) La activa presencia del Estado en áreas centrales de la economía como ser bancos, seguros, petróleo (YPF), servicios públicos (ENTEL), siderurgia (SOMISA).
- En estas condiciones, la crisis monetaria, económica y social que se desarrolló a partir del “Rodrigazo” (junio y julio 1975) fue parte de una definida estrategia tendiente a quebrar las bases materiales sobre las que se asentaba el sistema productivo nacional, sentando las premisas para un giro burgués decisivo en materia política y económica. La explosión de los precios (dólar, tarifas públicas y alimentos) producto de las nuevas medidas económicas se desparramó velozmente a las luchas reivindicativas organizadas, tanto sindicales como extra sindicales. La tensión de la sociedad culminó en 1976 con el golpe militar que impuso por la fuerza el control directo y represivo del aparato del Estado por parte de una nueva alianza burguesa que no hizo esperar los resultados del cambio.

5. El “Plan Martínez de Hoz” (1976)

Los dos objetivos iniciales del nuevo programa burgués fueron recuperar en niveles absolutos la tasa de ganancia y restablecer a sangre y fuego la dominación política. El “Plan Martínez de Hoz” del 2 de abril de 1976, tuvo por objetivo primordial definir políticas orientadas a centralizar el poder económico de la clase capitalista en una representación empresarial más concentrada. La base ideológica de la nueva política fue la fortaleza estratégica que se confiere al sector privado como motor del desarrollo y el crecimiento. Puede decirse que en este particular período de la lucha de clases en Argentina, la clase capitalista dominante alcanzó uno de sus más altos grados de unidad. Esta unidad no era más que el resultado del proceso de agudización de la lucha de clases en general que ocurría desde mediados de los ‘50 y que se correspondía con los importantes grados de unidad alcanzados por la clase obrera y los sectores populares. Ya a mediados de los ‘70, la situación imperante indicaba que para poder romper la resistencia social a los planes pro-monopólicos se debía librar una guerra frontal en todos los frentes contra la base social del proyecto “populista” y su dominio ideológico sobre casi todas las áreas del Estado. Desde luego, esa guerra frontal fue dirigida también contra las organizaciones populares y proletarias que propiciaban un sindicalismo clasista enfrentado principalmente a la gran industria, y también contra las organizaciones revolucionarias que hasta 1976, de algún modo disputaban el espacio político a las representaciones de la burguesía. Esto implicó el desarrollo de un sistemático plan de represión al movimiento obrero y de sus expresiones políticas, que se vieron obligadas a retroceder.

El debut de la nueva política no se hizo esperar. Entre marzo y diciembre de 1976 el salario real cayó casi 40% como producto del congelamiento de los salarios nominales dentro de una estrategia general de liberación de los “otros” precios de la economía. La caída en los ingresos reales de los sectores trabajadores se mantuvo casi sin variación hasta mediados de 1979, generando así una gigantesca transferencia de riqueza de los sectores trabajadores y asalariados a la industria monopólica, en primer lugar, y luego a la banca. La caída del poder adquisitivo -que había sido uno de los principales elementos dinamizadores de la economía “populista”-, significó no sólo una pérdida para los sectores populares sino también un cambio decisivo en el carácter de los negocios en Argentina.

De aquí en adelante, la menor capacidad de demanda interna fue restando espacio económico y político a las fracciones menores de la burguesía industrial. Así el conjunto de las modificaciones operadas en la economía y la sociedad adquieren gran significado en la actualidad. A partir del nuevo régimen impuesto, comienza a hacerse efectivo un nuevo orden en las relaciones sociales. Este orden es el que finalmente logra permanencia en el tiempo y se convierte en dominante. De allí que la fase por la que transita el capitalismo en esta formación social, permita distinguir y periodizar a la sociedad argentina hasta 1975 por el desarrollo del capitalismo en extensión con base en los sectores productivos y a partir de 1976 por el desarrollo del capitalismo en profundidad dentro de una estrategia monetarista y financiera. En la primera fase, la base del poder estuvo expresada por la alianza de numerosas fracciones de la burguesía. En la segunda fase, el poder pasa a estar dominado casi exclusivamente por una reducida capa de la

clase capitalista con un alto manejo de la capacidad financiera integrada que perfila una conducta de oligarquía financiera.

6. Los inicios de la expansión de los negocios financieros (1977)

Entre 1977 y 1980 el desarrollo del capitalismo local estuvo en una parte muy importante motorizado por el desarrollo del sector bancario y financiero, y por los negocios colaterales que los mismos generaban. La sanción de la Ley de Entidades Financieras en 1977 abrió velozmente la estructura financiera local a las nuevas condiciones de liquidez imperantes en el mercado mundial. La nueva legislación provocó la apertura generalizada del sector bancario a los capitales privados. Los principales cambios en ese sentido fueron: 1) la descentralización de los depósitos, 2) la liberalización en la determinación de la tasa de interés, y 3) una casi irrestricta libertad para abrir sucursales o crear nuevas entidades financieras.

Se buscaba de esta manera reconstruir el poder del sistema bancario privado nacional que había operado bajo fuertes condiciones de regulación de las tasas de interés, situación que beneficiaba a los sectores empresarios tomadores de préstamos. En estas condiciones, la tasa de interés real (relación entre la tasa de interés nominal y el índice de precios) se convirtió en positiva (el valor de la tasa de interés crece más rápido que el índice precios). El costo financiero quedará de aquí en adelante como uno de los principales componentes del costo total de producción. El desarrollo de las tasas de interés reales positivas como fuente de negocio en sí mismo, fueron modificando progresivamente el comportamiento de los sectores empresarios y de numerosas capas de la clase media. El negocio de ganar dinero sólo con el dinero mismo se convirtió de aquí en adelante en una arraigada práctica social. A partir de la implementación de esta estrategia, el sector financiero tuvo un vertiginoso despegue, cuestión que tendrá implicancias decisivas en la estructura social del país al romper las tradicionales alianzas intercapitalistas. El aumento del precio del capital-dinero fue un instrumento decisivo para recomponer los mecanismos de regulación de la tasa de ganancia, determinando la quiebra de una parte de la industria que no contaba con condiciones de liquidez y que ante los mayores costos financieros quedaba fuera de la media de valorización del mercado.

En estas condiciones, se vuelve a dar un nuevo golpe al sector obrero; primero fueron los salarios y luego las exigencias de competitividad reguladas por el mercado mundial redujeron el nivel de empleo. Así, la estrategia monetarista en expansión empieza a producir la progresiva subordinación del sector industrial productivo, especialmente de la fracción que no pudo desarrollar una integración financiera con el desarrollo de un grupo bancario propio.

A partir de la reforma financiera de 1977 se fueron creando las premisas macroeconómicas y monetarias para imponer la liquidación de las empresas más “ineficientes”. El criterio de eficiencia no estaba sujeto al desarrollo de ventajas en la producción, sino en cuáles eran las empresas más capaces para aprovechar las nuevas condiciones financieras de alta rentabilidad. Comienza entonces a producirse un vertiginoso desplazamiento del capital de la esfera productiva al campo de la actividad financiera. Las nuevas reglas para los negocios trajeron especialmente entre 1979 y 1982 la radicación de importantes bancos extranjeros.⁷

El nuevo contexto macroeconómico implicó una estricta racionalización en la esfera de la producción, proceso que se expresó en la acelerada centralización de capitales que tuvo

lugar durante esos años, especialmente a partir de 1978. Entre los casos más importantes de destacar están: en el sector siderúrgico Acindar absorbió varias tradicionales firmas laminadoras como ser Gurmendi, Genaro Grasso y Santa Rosa; en el sector automotriz se destacan la fusión de Fiat y Peugeot (Safrar) en Sevel y la compra que realizó la firma alemana Volkswagen de la planta de Chrysler; en la industria tabacalera se fusionaron Nobleza con Piccardo y Massalin con Particulares. En el sector alimenticio Molinos Río de la Plata absorbió la firma Mattarazzo.

Asimismo, en esos años desaparecieron del mercado local empresas y grupos económicos con fuerte presencia en sus respectivos mercados. Los casos más relevantes son la retirada del país de multinacionales como: Olivetti, General Motors y Otis; la quiebra de dos fuertes grupos económicos locales como Sasstru y Grecco; y la liquidación del importante holding azucarero CONASA en manos del Estado. Asimismo, luego de la reforma financiera de 1977, más precisamente en diciembre de 1978 comenzó a implementarse la otra parte de la estrategia de política económica que también tuvo decisivos efectos sobre los sectores industriales. Esta medida fue el cronograma preestablecido de devaluación más conocido en su momento como la “tablita” que favoreció una irrestricta y masiva corriente importadora de bienes en detrimento de la producción local y que además generó una fuerte corriente de ingreso de capitales especulativos para aprovechar los altos rendimientos de tasa de interés en dólares.⁸ Fue así que la nueva afluencia de capitales se convirtió en la base para el desarrollo de un creciente y acelerado endeudamiento externo. Entre 1979 y 1981 la deuda externa del país pasó de u\$s 19.000 millones a u\$s 35.700. Vale la pena recordar que a fines de 1975 la deuda externa era de u\$s 9.150 millones.

En estas condiciones de integración de la economía local al mercado financiero internacional se marcan los inicios de la imposición material e ideológica de un esquema donde predominará el carácter rentista, convirtiéndose esta situación en uno de los objetivos políticos y sociales con mayor alcance en el tiempo. Como marcamos anteriormente, la centralización financiera continuó resultando la herramienta vital para el proyecto de reorganización de la sociedad en menos manos, ahora con grupos económicos más poderosos. Las transformaciones implicaron en sólo los 5 años cambios en la cúpula del poder económico.

El contexto de acelerados cambios motorizado por la crisis financiera se transformó rápidamente en 1981 en una drástica devaluación de la moneda y en el inicio de un período de fuerte recesión y pérdida abierta del consenso político delegado a las fuerzas armadas por el capital financiero. La endeble situación económica tendrá un giro más drástico aún a partir de la moratoria de la deuda externa de México en 1982,⁹ que repliega masivamente a los capitales a sus países de origen y hace entrar en debacle al conjunto de las economías de América Latina, inaugurando una etapa conocida como la “década perdida”.

7. La crisis de dominación y la guerra de Malvinas (1982)

No cabe duda que las causas de la Guerra de Malvinas fueron principalmente internas, nacidas en un gobierno militar que ya había perdido la capacidad para mantener un férreo control social. Ello nos remite al proceso de movilización social ascendente que alcanzó su “pico” el 30 de marzo de 1982 con la concentración de la Confederación General de los Trabajadores (CGT) en Plaza de Mayo. Esto era expresión directa de la creciente

debilidad y descrédito de las fuerzas armadas como institución de representación y organización de los intereses generales de la burguesía, tanto económicos como políticos. La institución militar ya no estaba en condiciones de establecer un “consenso social” aceptable y estable en términos burgueses que permitiera una evolución ordenada y tranquila en los negocios. Por el contrario, las condiciones de derrota militar y política en una guerra contra un país central en el “orden” mundial de los negocios financieros como era Inglaterra, determinó extremas condiciones de debilidad para la burguesía local que necesitaba el retorno a la “legalidad burguesa” como instancia de recambio a la profunda crisis que se estaba gestando. Con el descrédito de los militares van ingresado progresivamente los funcionarios políticos como servidores del bloque de poder. El desarrollo del Capitalismo Monopolista de Estado con legitimación electoral sería el nuevo desafío del poder burgués.

8. Conclusión: para una “nueva” legalidad se impone el retorno al régimen democrático burgués parlamentario

El cambio en las relaciones de poder va dando lugar al desarrollo de una nueva fase el Capitalismo Monopolista de Estado (CME) que representa otra vuelta de tuerca en el proceso de socialización de la producción y de apropiación privada de la riqueza. La clase obrera, apartada definitivamente del lugar que le había reservado el primer peronismo a la sombra del poder, había comprendido ya que la herramienta del sindicalismo estaba agotada y era necesario conquistar en la lucha un lugar en la sociedad. Aún en retroceso, esta conciencia ha de marcar la forma en que han de plantearse los grandes enfrentamientos posteriores. La derrota militar y política ocurrida en la Guerra de Malvinas (1982) por la camarilla militar en el gobierno, se extendió rápidamente a las relaciones del poder económico. El proyecto de hegemonía burguesa bajo la dirección de una fracción de las Fuerzas Armadas derrotadas en una guerra se manifestó como un proyecto de continuidad de la hegemonía que resultaba imposible. La delegación del poder por parte del capital financiero unificado en esos años para imponer profundos cambios en el modelo económico-social de estilo populista-reformista, necesitaba de una nueva superestructura política. Asimismo, en toda la región avanzaba la estrategia del imperialismo de las “democracias restringidas” como reaseguro esencial a las luchas sociales en avance y desarrollo. Las diferentes visiones respecto de cómo resolver esta cuestión generó una brecha dentro de los intereses del bloque de poder, cuestión que generó un importante cambio respecto a cuáles serían los “negocios” de largo plazo en Argentina y además en qué contexto socio-político debería ocurrir. Sin duda la crisis política se manifestó en un agudo estancamiento como el ocurrido entre 1981 y 1983. Esta crisis era el resultado directo de la tensión entre las distintas estrategias del capital monopolista por lo que una revisión básica de los cinco años que antecedieron a la Guerra de Malvinas (1977-1981) nos muestra ramas enteras de la producción y numerosas fracciones sociales subordinadas a los avances del capital financiero. En esos años, el liderazgo en la economía era compartido entre los principales Grupos Económicos Locales asociado a ciertos sectores del Capital Financiero internacional. El acelerado proceso de centralización de la producción y concentración del capital generó la pérdida de condiciones económicas y políticas de numerosas fracciones, así como el deterioro de las condiciones de vida de los sectores populares. En este escenario, la posibilidad de una dirección burguesa unificada en un solo mando se convirtió en una

estrategia imposible. Bajo estas condiciones fue definiéndose una estratégica necesaria y rápida para sostener el status quo del poder económico, siendo en este sentido que pasó a primer plano la urgente recuperación del “parlamentarismo burgués”. Esta estrategia actuó en dos sentidos muy precisos, por un lado desarrolló un modelo más adecuado a una dominación burguesa de largo plazo y por otro convirtió a la “democracia” y sus formas jurídicas en la herramienta imprescindible para “legalizar” e institucionalizar las nuevas condiciones en la economía, donde uno de los puntos centrales fue la “estatización” de la deuda externa privada que bajo diversos mecanismos se convirtió en deuda pública. Esta situación dio lugar a un nuevo período de varios años (1984-1991), donde se producirá una violenta disputa entre las fracciones capitalistas en pos de definir cual de ellas iba a imponer su sesgo al Capitalismo Monopolista de Estado.

1. Por Capitalismo de Estado entendemos una formación económico-social capitalista, en la que los capitales dominantes pertenecen al Estado. Han existido en el mundo varias experiencias históricas. En Argentina la alianza de clases que sostuvo este modelo (1946-1955) estaba conformada por la burguesía local que incidía en el Estado a través de la burocracia estatal (aunque ésta mantuvo bastante independencia) y que como socio menor tenía a la clase obrera que defendía su participación en la distribución del producto social a través de los sindicatos. A partir de 1955 este modelo se fue desgastando para entrar en crisis terminal en 1975.
2. La esencia del Fordismo son los procesos continuos y poco diferenciados donde lo que manda en materia de organización del trabajo es la línea de montaje. Las principales características desde el punto de la organización del proceso de trabajo eran: 1) una estructura de comando y decisión muy jerárquicas, 2) una fuerte división entre las tareas de concepción y ejecución, 3) puestos fijos de trabajo, 4) ritmos de trabajo impuestos por control de supervisión, 5) negociaciones colectivas por salarios y condiciones de trabajo centralizadas.
3. La aplicación del concepto está en relación al proceso donde se democratiza el poder de la burguesía esencialmente por el proceso de desplazamiento de las fracciones de carácter terrateniente dentro del bloque de poder.
4. Debe aclararse que si bien la clase obrera retrocede en su posición dentro de la producción en general, sigue no obstante, madurando políticamente mientras recambia estrategias, tácticas y modos de luchas.
5. Por efecto de la devaluación, el dólar comercial pasa de 10 a 26 pesos por unidad, mientras que el dólar turismo llega a los 45 pesos por dólar. La nafta aumenta en un día 173%.
6. Ricardo Otero (Ministro de Trabajo) renuncia luego del Rodrigazo. Son reemplazados en su cargo: José López Rega (Bienestar Social), Adolfo Mario Savino (Defensa), Alberto Rocamora (Interior) y Celestino Rodrigo (Hacienda).
7. Entre 1979 y 1982 se radicaron importantes bancos extranjeros como ser: Banque National de Paris (Francia), Barclays Bank (Inglaterra), Continental Illinois (USA), Banco Exterior (España), Banco Itaú (Brasil), Manufactures Hannover (USA), J. P. Morgan (USA), Republic of New York (USA), Crédit Lyonnais (Francia), Wells Fargo Bank (USA), entre otros.
8. La ‘tablita’ era un mecanismo financiero que establecía de antemano cuál era el valor tipo de cambio (dólar) para cada mes. Si la tasa de devaluación preestablecida era menor

que la tasa de interés que se le pagaba a un capital monetario, éste obtenía una plusganancia adicional medida en términos de dólares.

9. En agosto de 1982, Jesús Silva Herzog, entonces secretario de Hacienda del gobierno del ex presidente José López Portillo, anunció en Washington que México se veía obligado a diferir, por un plazo de 90 días, los pagos de capital de la deuda pública.

Algunas cuestiones políticas relacionadas con el análisis del nuevo proletariado

Profundizar en el análisis político de la lucha de clases en Argentina, implica desde lo político desarrollar un conocimiento mucho más detallado de la situación material de la clase obrera en su conjunto y en especial del sector del proletariado que trabaja en la “gran industria”, donde el capital tiene sus bastiones más importantes. Este núcleo de los trabajadores es el que está expuesto y el que se desarrolla en las fábricas locales que operan dentro de la más activa dinámica en la competencia capitalista a nivel global. Desde esta perspectiva, es importante rastrear el punto de partida de la nueva estrategia capitalista y conocer el impacto de sus cambios tanto en la esfera material como a nivel de la conciencia. En este proceso es donde surge un “nuevo” proletariado producto de las nuevas condiciones de producción.

1. La “filosofía” de los cambios en el régimen de trabajo

La estrategia general del cambio en la modalidad de la organización del trabajo de tendencia dominante en la “gran industria”, tiene base en la introducción en las fabricas del modelo “japonés” o “Toyotista” del estilo JIT (JUSTO A TIEMPO) que opera dentro del esquema general del Kan ban.

En esencia, las nuevas modalidades de organización de la producción que impone el modelo “japonés” son: a) una administración transversal, b) el trabajo en grupos, c) la “célula de manufactura”, d) los criterios de polivalencia funcional, e) las remuneraciones por productividad, y f) la participación directa de los trabajadores en la aplicación de innovaciones tecnológicas. Asimismo, esta necesaria participación de los obreros en todo el proceso de producción implica una elevación en el grado de las calificaciones profesionales, cuestión que además se extendió hasta los sectores más alto de toda la cadena técnica, llegando hasta los mismos ingenieros de producción. Las ventajas capitalistas del uso de este “sistema” resultan evidentes: 1) una reducción en los niveles de inventario, 2) una reducción en los procesos de trabajo, 3) una reducción de los tiempos “muertos”, 4) la flexibilidad del cronograma de la producción y la producción en si, 5) la ruptura de las barreras administrativas que ahora son archivadas por el mismo sistema, 6) el trabajo en equipo, los Círculos de Calidad y Autonomía (decisión del trabajador de detener la línea), 7) la limpieza y el mantenimiento, 8) la provisión de información rápida y precisa, 9) evitar la sobreproducción, 10) minimizar los desperdicios.

Bajo estas premisas, queda claro que la llamada “japonización” de los procesos productivos se traduce necesariamente en un empeoramiento de las condiciones generales de trabajo, expresado en un ritmo de trabajo más intensivo, jornadas más prolongadas y sindicatos (en el caso de existir) totalmente subordinados a las exigencias de la empresa.

2. Una clase obrera cada vez más metida en el corazón de la producción

El activo proceso de reestructuración del esquema capitalista de acumulación del capital que ya lleva más de 20 años, ha implicado no sólo un estructura productiva diferente, sino también la existencia material de un proletario diferente con relación a su papel dentro del proceso productivo, o sea en el corazón mismo donde se extrae la plusvalía, razón que lo ubica en un plano directo de la lucha por el poder. El papel cualitativamente superior del trabajador con relación a la producción, impuesto por las nuevas formas de

organización del trabajo, ha creado un nuevo proletariado radicalmente diferente a sus antecesores con una alta capacitación científico-técnica. El entrenamiento en el uso de tecnología de punta, la visión integral del proceso productivo que va desde la recepción y selección de las materias primas e insumos necesarios para comenzar su labor hasta culminar con su llegada al próximo paso de la cadena o al consumo social si se trata de productos terminados, hacen que nos queden aspectos de la producción por fuera de su control. La planificación de las tareas, la verificación del estado de todos los recursos como máquinas y materias primas -funciones que en el sistema anterior eran realizadas por gerentes, supervisores y administrativos-, pasan a incorporarse al trabajo cotidiano del obrero que las utiliza para transformar las mismas en productos, dejan atrás así el clásico esquema de la línea de montaje donde el trabajador era sólo una pieza más en el engranaje productivo.

Este nuevo proletariado, si bien desde el punto de vista de la lógica capitalista continúa aún vendiendo su fuerza de trabajo como una mercancía al servicio de la acumulación burguesa, se ha transformado en un generador de valor determinante de la producción -mucho más que en el pasado-, por su grado de conocimiento y capacidad. El valor agregado de este proletariado es infinitamente superior. Habitudo a la producción en gran escala contribuye a mejorar incesantemente los procedimientos y a revolucionar la producción. No es un obrero fácilmente reemplazable por la acumulación de capacitación, habilidades y aptitudes que posee. Otro aspecto importante es la conciencia que estos cambios han provocado acerca del rol y el lugar que el trabajador ocupa en la sociedad. El desarrollo de una relación directa entre la calidad y la eficacia de como producir junto a las necesidades del conjunto de la comunidad dan una proyección más profunda, más social y colectiva al trabajo. La socialización de la producción va acercando a todos los eslabones participante, rompiendo el aislamiento, la segmentación, la compartimentación, características de los métodos anteriores de producción. El grado de socialización alcanzado profundiza la contradicción fundamental con la apropiación cada vez más privada inherente al modo capitalista.

Estas fenomenales fuerzas productivas están limitadas por la anarquía cada vez más manifiesta por el imperio de la dictadura del capital monopolista. Mientras la superproducción acompaña toda la historia del desarrollo capitalista provocando crisis de excedentes, destrucción de fuerzas productivas, dilapidación de recursos, concentración monopólica y guerras comerciales, una parte importante de la comunidad está imposibilitada de acceder a los bienes mínimos y elementales para vivir, incluso los mismos obreros que ocupan sus días en la fábricas bajo las premisas del sentido social del producto de su trabajo, en su gran mayoría no pueden adquirir los bienes que ellos mismos elaboran. El freno que el sistema, por su interés egoísta en la obtención de ganancias, impone a esas fuerzas productivas, es la piedra angular de la sinrazón capitalista, y un motor destacado de la rebelión contra su dominación.

3. Conclusiones

La enumeración de los atributos que caracterizan al nuevo proletariado resalta el espíritu crítico que las nuevas formas de producción han desarrollado en su práctica social. Lejos del sistema de “orden y mando” que aún gobierna en gran parte de la sociedad como resabios de lo viejo que pugna por no desaparecer, esta nueva legión de trabajadores, sin ningún tipo de prejuicios ni apegado a ningún orden conservador, ve diariamente el curso

de las transformaciones y el cambio constante como algo natural. Las prácticas de horizontalidad, de protagonismo, de trabajo colectivo, que hoy tanto desvelan a científicos e investigadores de la burguesía preocupados por inventar nuevas teorías sociales, son ejercidas cotidianamente por los trabajadores. La mayor experiencia democrática convive paradójicamente con las expresiones superiores de injusticia, autoritarismo y dictadura. En el mismo momento en que un colectivo de trabajo delibera y gobierna la producción, la voluntad única del burgués que los explota y somete decide qué se producirá, cómo se administrarán y repartirán los beneficios. Las implicancias de esa práctica democrática, sus necesarias consecuencias, quedan así encorsetadas dentro de los muros de los bunkers monopólicos sin trascender hacia el conjunto social. La ausencia de peso en la superestructura de toda esa capacidad desarrollada, la falta total de representación de esa gigantesca potencia transformadora, social y colectiva contrasta con los espacios que el poder otorga a otros sectores de la sociedad. La razón es que el desarrollo de esa calidad acumulada implica precisamente el potencial de superación del modo capitalista de producción. Por lo tanto, su paralización, su utilización sólo en un tiempo y bajo un Estado gobernado por la clase dominante es lo que garantiza hoy el orden burgués. Abrir el caudal de esas fuerzas transformadoras para ponerlas al servicio del bien común las 24 horas del día en todos los ámbitos sociales, sólo será posible y real en el marco de una revolución que rompa el dique para que así como la presencia de la clase obrera revoluciona la producción, se lleve esa impronta a toda la sociedad.

La democracia directa

La democracia representativa tiene su origen en la necesidad histórica de la burguesía de dar al modo de producción capitalista en ascenso el marco político, ideológico, jurídico para su expansión y desarrollo. Como señala Federico Engels en su libro *Antidühring*: «El modo capitalista de producción que impuso la burguesía era incompatible con los privilegios locales y de los estamentos, como lo era con los vínculos interpersonales del orden feudal. La burguesía derribó el orden feudal y levantó sobre sus ruinas el orden social burgués, el imperio de la libre competencia, de la libertad de movimiento, de la igualdad de derechos de los poseedores de mercancías...».

1. Introducción

El desarrollo de las fuerzas productivas que pujaban por abrirse paso y que generó las condiciones materiales para que la burguesía se hiciera del poder, requería ahora de estas nuevas condiciones para seguir avanzando y conquistando más territorios. La gran industria se abrió paso ante la manufactura e incluso contra ella, haciéndola desaparecer al tiempo que barría con todas las formas políticas, jurídicas e ideológicas que significaran una traba para la producción y el comercio de mercaderías a gran escala. Los vestigios de las viejas formas políticas precapitalistas que sobrevivieron, sólo subsistieron como ornamento o bien asociadas, y necesariamente subordinadas, al nuevo poder burgués.

Pero el mismo impulso de las fuerzas productivas encontró su traba en la forma de propiedad capitalista que lo frenó violentamente produciendo las primeras crisis del sistema burgués que puso negro sobre blanco la esencia de la democracia representativa de la burguesía: igualdad para los poseedores de mercancías, y miseria, injusticia y padecimientos para la clase obrera y demás sectores populares que, carentes de propiedad alguna, sólo contaban con su fuerza de trabajo para subsistir.

Así, las masas obreras y populares comenzaron a sufrir en propio cuerpo cómo la burguesía en el poder, trocaba los principios de libertad, igualdad y fraternidad sustentados durante su lucha revolucionaria en los métodos más violentos de represión para imponer sus reglas y someter a todas las capas populares e incluso a los propios burgueses que sucumbían a las crisis periódicas del capitalismo.

Mucha agua corrió bajo el puente del poder burgués y la lucha de clases imprimió nuevas formas a la democracia burguesa que fue adaptándose al desarrollo de las fuerzas productivas y a los intentos de resolución de las contradicciones insalvables entre la base productiva y el modo de apropiación y cambio. La competencia generó grandes y más profundas crisis de superproducción que facilitaron la concentración y centralización del capital. La libre competencia fue dando paso al monopolio, y con él la democracia representativa fue limitándose más aún en la cima de la superestructura haciéndose cada vez menos participativa. De tal modo que, lo que hasta ese momento era forma y expresión política de los representantes de toda la clase burguesa, ahora se limitaba progresivamente al círculo restringido de lo más concentrado de la gran burguesía monopolista.

En nuestro país, este proceso se fue dando incluso con alternancias entre la forma burguesa de dominación parlamentaria y las dictaduras militares. Desde comienzos del

siglo pasado fue difícil para la burguesía sostener la forma de democracia representativa debido al desarrollo de la lucha de clases.

El proceso de concentración y centralización capitalistas que se vio acelerado por el golpe militar del '76 fue imprimiendo una nueva característica al Estado burgués, pues los grupos monopólicos se apoderaron del aparato estatal. La centralización económica condujo inevitablemente a la centralización política en la superestructura, lo cual condicionó sobremanera a la democracia representativa burguesa que sobrevendría a partir de 1983.

A ello se debe que las esperanzas que vastos sectores medios depositaron en la conquista de la "democracia" con la que se "come, se educa y se cura" (según la divisa del gobierno de Alfonsín), se vieron rápidamente frustradas por la realidad impuesta por la lucha de clases y la más sumisa entrega del patrimonio nacional a las arcas de los grandes monopolios. Impotentes para resolver el cúmulo de contradicciones, los distintos gobiernos monopolistas que se sucedieron no pudieron controlar la decidida lucha de las masas contra sus planes y, como es lógico, el sistema sufrió el desprestigio político no sólo de los partidos gobernantes sino de toda las instituciones basadas en la democracia representativa.

Pero a la par que el desarrollo de las fuerzas productivas incentiva la centralización y concentración del capital, la producción se hace cada vez más social y extendida en el contexto social. No sólo se incorpora alta tecnología a la producción sino que, a la par de ésta, se hace más necesaria la calificación de la fuerza de trabajo y el desarrollo de nuevas formas de organización en el interior de las fábricas que faciliten la aplicación de las nuevas técnicas y el abaratamiento de los costos de producción de mercaderías para hacerlas más competitivas y aumentar así la ganancia del capitalista, o sea la extracción de plusvalía.

De lo anterior se desprende que, contradictoriamente con la obturación de la participación en la superestructura expresada en la centralización política, se opera simultáneamente un ensanchamiento de la participación en la base productiva. La centralización política en la superestructura del poder burgués tiene la contrapartida de la socialización en la base del proceso productivo capitalista.

La creciente socialización en la base productiva fue dotando de una nueva práctica a la clase obrera que, a su vez, comenzó a teñir con esa impronta al resto de la sociedad.

La burguesía, incapaz de superar una contradicción que ella misma no maneja ni puede controlar, no sólo no da solución a los crecientes problemas de las masas sino que además no puede, a través del funcionamiento de la democracia burguesa, engañar ni generar expectativas que le den un respiro para sostener y aumentar sus ganancias, motivo principal de su propia existencia.

Así no ha habido gobierno que pudiera sostener y menos desarrollar expectativas para el pueblo, lo cual sumió a las expresiones políticas de la burguesía en la crisis más profunda que jamás haya conocido en nuestro país, y que involucra a las instituciones del sistema que se desprestigian aceleradamente y sucumben en un pozo histórico del cual difícilmente se recuperarán. Las masas se alejan de las mismas y cada vez le cuesta más al poder burgués disciplinar a la clase obrera y al pueblo que comienzan a ensayar otras formas de organización.

La necesidad de la democracia nacida en la base de la producción es trasladada por la clase obrera a las demás capas sociales y entonces la lucha de clases se impregna con

ella. Pero este fenómeno no repite la forma representativa que le dio la burguesía caracterizada en una aparente democracia que luego se transforma en la más cínica imposición de la voluntad de unos pocos sobre el resto de la población, por el contrario, asume una forma distinta con el sello proletario.

Esta forma es la que denominamos democracia directa, y se expresa en la lucha de clases como ocurrió en las jornadas del Santiagazo, Cutral-Có, Corrientes, General Mosconi, 19 y 20 de diciembre de 2001 y, por sobre todo, en las batallas diarias que la clase obrera mantiene con la burguesía monopolista en la que comienzan a aparecer nuevas organizaciones proletarias nacidas por fuera de las viejas organizaciones sindicales hoy transformadas masivamente en herramienta de los monopolios para sostener y reproducir su poder burgués.

Por eso no hay nada más falso que asociar la democracia directa al espontaneísmo sin organización. Los que afirman tal cosa con el fin de desprestigiarla, traen debajo del poncho el puñal de la vieja democracia representativa a imagen y semejanza de la burguesía. Descreen de las masas y le temen al torrente creador del pueblo movilizado. Confían en los regentes esclarecidos y en los eternos “representantes” que negocian a espaldas de los intereses populares y terminan vendiéndose por migajas y traicionando las aspiraciones de las masas.

La democracia directa tampoco es el asambleísmo ni la permanente reunión del pueblo en las plazas, tal como nos quieren hacer creer los oportunistas que hacen culto de la dilución de las clases y nos hablan de las teorías de las multitudes, los nuevos sujetos históricos y demás yerbas. La democracia directa es clasista y, aunque practicada por otros sectores sociales, no puede desvincularse del rol específico del proletariado, ya que encuentra sustento material en su propia práctica productiva altamente socializada. Por ello es que la democracia directa es organización y es expresión política de la clase obrera; es a la vez forma de dirección de la vanguardia proletaria sobre el resto de las capas populares; es germen de la futura organización del Estado proletario. Concebir a la democracia directa sin proletariado es tan absurdo como creer que la democracia representativa podría haber nacido por fuera de la burguesía.

La democracia directa no sólo abre un anchísimo cauce a la participación que les era negada a las masas por las viejas instituciones burguesas, sino que además da paso a los dirigentes naturales, con ella se practica la amovilidad de los mismos, la discusión colectiva amplia y la ejecución unitaria de las decisiones. De tal forma, la democracia directa es reconocida por el movimiento de masas como su forma, hoy natural, de expresión política de las nuevas organizaciones que nacen al calor de la lucha de clases. El Partido Proletario debe impulsar y favorecer el desarrollo de organizaciones de masas que se expresen con democracia directa. La democracia directa se irá desarrollando desde la fábrica hacia la sociedad e irá transitando, a través de la lucha de clases, múltiples caminos venciendo diversos obstáculos y adquiriendo necesarias modificaciones, pero indudablemente constituirá la esencia de las nuevas instituciones de la sociedad socialista.

El rol de los sindicatos en el C.M.E.

¿Cuál es la razón para que toda la superestructura sindical haya aceptado los cambios impuestos en los últimos 15 años, con la consecuente pérdida de puestos de trabajo y la imposición de condiciones de producción basada en la superexplotación? ¿Cómo es posible que la devaluación, con su impacto en los precios y de caída en el poder adquisitivo del salario sobre los artículos de la canasta familiar, haya sido respaldada y aplaudida por la dirigencia gremial? En respuesta a estos interrogantes, el presente artículo busca profundizar sobre el escenario concreto en que se desenvuelve la lucha económica de la clase obrera y del conjunto de los trabajadores asalariados y cuales pueden ser las perspectivas según las decisiones y metodologías que se utilicen. Las de nueva forma que el proletariado esta implementando para liberar el combate clasista van señalando un curso que antecede y prepara los nuevos contenidos de su protagonismo.

1. Introducción

Los abusos e injusticias inherentes del modo capitalista de producción han agravado en estos últimos años las condiciones de trabajo y de vida de los trabajadores argentinos. La pérdida de derechos y conquistas históricas, el abrumador crecimiento del desempleo y el trabajo en condiciones precarias, la falta absoluta de control sobre los ritmos productivos y de prevención de accidentes y sus efectos del desgaste de la capacidad física del trabajador con sus efectos a largo plazo. A esto se suma la desaparición de las normas regulatorias de los Convenios de Trabajo operada bajo las sucesivas reestructuraciones implementadas por las patronales. Esta son algunas de las perlas del collar que aprieta el cuello de la clase obrera argentina. Todos los cambios ocurridos en la esfera laboral (leyes y decretos), régimen de jubilaciones (AFJP), reforma de las obras sociales, reforma en la seguridad del trabajo (ART), uno tras otro, son una seguidilla de aprietes y cercenamiento de los derechos de los trabajadores. Esta larga lista de modificaciones a favor de la explotación y el sometimiento al poder burgués se vio agudizada por el impacto sobre el poder de compra de la profunda devaluación de enero de 2002. Así, la salida de la “convertibilidad” tuvo dos efectos combinados que castigaron duramente a los bolsillos de los trabajadores: a) la suba meteórica de los precios, en particular la de los productos de consumo masivo (carnes, lácteos, frutas y verduras, indumentaria), proceso que lejos de detenerse, continúa en claro ascenso; b) la caída también meteórica de los salarios reales, con la consiguiente pérdida del poder adquisitivo del salario.

El fomento a las exportaciones y el reestablecimiento de la cadena productiva sustitutiva de importaciones puso a muchas ramas de la economía a funcionar al 100% de su capacidad. La alta tasa de productividad por trabajador empleado, el espectacular negocio de tener costos en pesos para una producción que se vende en dólares, el insignificante costo laboral vía salarios deprimidos y baja de aportes, crean una situación de superexplotación de los trabajadores, y de superganancias para la burguesía. Para todo este desarrollo hubo un jugador fundamental por su silencio cómplice: la “dirigencia sindical”.

2. Una historia de conciliaciones

El sindicalismo argentino tuvo un momento histórico que significó un cambio a fondo en el modelo de organización, la calidad de sus dirigentes y su forma de acción. La irrupción

de los dirigentes a la arena política durante los primeros años del peronismo crearon un estilo de conducción esencialmente vinculado a la capacidad de gestión personal de cierto dirigente, que al estado de movilización colectivo de los trabajadores. Aparecen los “caciques”, haciendo alardes de las mañas de su muñeca y sus habilidades para “la rosca”, “la trenza”, eufemismos para referirse a su predisposición a la negociación con el poder de turno. De 1955 a hoy, todos los gobiernos, tanto democráticos como las dictaduras han pasado por esta práctica de negociación con la dirigencia sindical. Desde los acuerdos de Agosto Timoteo Vandor con el Gral. Onganía, pasando por Triaca y Baldassini acordando con el Gral. Videla y Martínez de Hoz, hasta llegar al actual etapa de romance con Menem, De la Rúa, Duhalde y Kirchner, donde la dirección de los sindicatos ha abandonado todo tipo de vínculos con su base, priorizando sus negocios personales que lo convierten en un sector empresario.

Es en los ‘90 donde este proceso toma su forma más material y pública. La participación protagónica de los aparatos en la campaña electoral de Menem-Duhalde, fue seguida por la intervención publicitaria de dirigentes sindicales como Luis Barrionuevo y Armando Cavalieri, mientras José Pedraza y Julio Guillán se dedicaron a aislar y aplastar los conflictos ferroviario y telefónico en el marco de las privatizaciones de las empresas públicas. La “modernización del Estado” el impulso a una “economía de mercado” que “sacara al país del atraso y el aislamiento de 50 años”, contó con la dirección sindical como uno de sus principales soportes y defensores.

Mientras comenzaba la expulsión de miles de trabajadores al campo del desempleo, entre ellos al activismo que había logrado a través de listas opositoras hacer tambalear a varias conducciones en los ‘80, mientras que religiosamente caían una tras otra las comisiones internas y cuerpos de delegados reduciendo el amparo y fuero laboral sólo a un aspecto económico y administrativo y se imponían a sangre y fuego en los centros productivos las nuevas relaciones productivas, la dirigencia se dedicaba a administrar los succulentos negocios que como migajas le tiraba el capital financiero.

Los kioscos tenían forma de creación de AFJP (en muchos casos la segunda o tercera línea sindical volvía a las fábricas, ahora para estimular la afiliación a la AFJP del gremio), creación de empresas terciarizadas -limpieza, seguridad, distribución, mantenimiento-, que reconvertían al plantel altamente capacitado y expulsado por las empresas en personal flexibilizado, precarizado y con menores salarios que la dotación efectivizada.

3. El sindicalismo empresario. Un cambio de fondo

Ya no son los dirigentes-caudillos sindicales “empresarios”, sino que surge un nuevo estilo de sindicalismo, el “sindicalismo empresario” transformado en una patronal de sus propios afiliados cautivos, acción que opera de la mano de los acuerdos y negociaciones con el Estado y las empresas privadas. Esto genera formas superiores de intervención, como cuando la UOM de San Nicolás hizo un piquete con camionetas y autos en la ruta que comunica a la ex Somisa con la ciudad, mostrando gran cantidad y calidad de armas largas, para frenar una movilización que se dirigía a la acería; o cuando Guillermo Pereyra, (Secretario General del Sindicato de Petróleo y Gas de Río Negro y Neuquén), y ex Ministro de Trabajo Provincial, viaja en octubre de 2003 a España con un pasaje de la misma Repsol-YPF, a negociar in situ el triunfo del justo a tiempo y la calidad total.

No son pocos los que adjudican a la división del movimiento obrero, la responsabilidad por las penosas condiciones que padecen los trabajadores. Si miramos la conducta de los distintos sectores que componen el gremialismo argentino, veremos lo superficial de este punto de vista. Si bien la CGT (oficial) de Rodolfo Daer es la de mayor protagonismo y relieve en el camino del “sindicalismo empresarial”, la ruptura que dio origen al MTA o la CGT (Hugo Moyano), no obedeció a diferencias de carácter ideológicas, políticas ni metodológicas, sino a una disputa de cargos en la cúpula. Bien pueden decir los trabajadores del transporte “qué buen discípulo de Vador resultó ser Palacios”. El otro gran agrupamiento, la Central de Trabajadores de Argentina (CTA) de Víctor De Genaro y Mary Sanchez-Marta Maffei, comenzó con una discusión progresista y crítica de los efectos del “Capitalismo Salvaje”, pero el desgaste interno por el divorcio entre las palabras y los hechos, más la pérdida de consenso por el apoyo a la forma de recaudar los fondos del Incentivo Docente y el levantamiento de la Carpa Blanca, acentuaron su papel superestructural. Sus apoyos a las fuerzas políticas Alianza y ARI, terminaron por evidenciar su lugar en la institucionalidad.

La traición, la defección y el desmantelamiento de las tradicionales estructuras que utilizaron los trabajadores argentinos para defender sus intereses, causó aislamiento, desconcierto y repliegue, ya que las masas trabajadoras se encontraron sin respuesta organizada frente a un enemigo que demostraba tener un plan, y disponía con prepotencia de todos sus recursos amenazantes: la policía y fuerzas de seguridad (gendarmería y prefectura), el Congreso Nacional, la Justicia, los medios de comunicación y a la dirigencia sindical de su lado.

En su desarrollo dialéctico, esta situación ha ido poniendo de manifiesto la trama de relaciones de poder para sostener el status quo. La explotación y opresión capitalista basadas en un accionar mancomunado de la burguesía como clase con el Estado a su servicio, tienen como gran aliado los aparatos sindicales que actúan como parte integrante del poder dominante. No lo hacen de manera velada, como había ocurrido entre las décadas del ‘40 al ‘80 cuando cumplían el papel de dique de contención, para evitar que la conflictividad clasista adquiriera contenidos políticos anticapitalistas. Su forma de expresión era la “burocracia sindical” (recordemos el protagonismo de la UOM en la creación de las Triple A en los años ‘70). Hoy directamente juegan el rol de gendarmes de la patronal para desarmar las organizaciones de base, descabezarlas y garantizar la paz para los negocios monopólicos. La conciencia del entramado funcional a las patronales fue germinando el odio adentro de cada fábrica y la búsqueda de qué caminos elegir para expresarlo. Ya en los ‘90, la rebelión comienza por episodios aislados, muchas veces en forma individual, fundamentalmente dirigidos a que los patrones se enteraran que la paz era ficticia. Los sabotajes de todo tipo, la aparición de volantes, pintadas en baños y vestuarios y el uso de un recurso: aprovechar las contradicciones que generaban los cambios en la organización de la producción, entre las exigencias que establecen las normas ISO, y estructuras gerenciales y de supervisión que seguían en la inercia de las formas de organización y gestión anteriores. Los paros en las líneas de producción amparados en los nuevos métodos de trabajo fueron parte de una resistencia sostenida que fue amordazada, fábricas adentro, para que no tomara estado público. Pero es en estos últimos meses que toda esta acumulación de experiencias y de medir fuerzas produce un salto cualitativo con la irrupción de organizaciones de base clandestinas y semiclandestinas, con planes de lucha elaborados a corto y mediano plazo,

con órganos de propaganda propios y de salida regular, y con ejercicios incipientes de salir del espacio físico de las empresas para extender su acción hacia el conjunto de los trabajadores y la población que los rodea. En otras condiciones y en otra realidad, la experiencia histórica de las grandes luchas que forjaron una camada de obreros revolucionarios, en especial las comprendidas desde el Cordobazo hasta la resistencia obrera a la dictadura militar aplastadas sin ninguna contemplación por el Terrorismo de Estado, donde los caso de Mercedes Benz, Ford, Telefónicos y Luz y Fuerza resultan los más destacados. Resurge, si bien por ahora sin tanta intensidad (los conflictos aún no toman notoriedad pública ya que se dan en el interior de las empresas) con un marcado eje en el enfrentamiento basado exclusivamente en el propio protagonismo, en las propias fuerzas, con un alto sentido colectivo sin ninguna expectativa en los canales orgánicos tradicionales, y en algunos casos en abierto rechazo a su intervención. “Esta película ya la vimos” y la burguesía la conoce más que nadie. Es por eso que ha desempolvado a las caducas estructuras y a sus nefastos personeros del arcón de los recuerdos y los pone una vez más en primera plana, ofreciéndoles todo tipo de recursos para reinstalarlos como “los únicos interlocutores de los trabajadores”, incluso anexando al “movimiento piquetero” a los eventos publicitarios institucionales (como sucedió en la entrevista de los líderes piqueteros con legisladores recientemente), con el objetivo de recrear las representaciones en el juego de la farsa democrática capitalista, mientras oculta tanto la superexplotación y las superganancias, como la naciente reacción obrera desde la base. Es a partir de este análisis que consideramos que intentar crear ilusiones en la “lucha sindical”, es decir en la lucha con las reglas y métodos preestablecidos y tradicionales, con sus formas de acción, representación y organización, así como en las fantasías de recuperación de cuerpo de delegados de Seccionales y Sindicatos, es un camino reaccionario, desmovilizador, desorganizador, y que lleva a golpes y derrotas con sus secuelas de desánimo y escepticismo. Por el contrario, a partir de la experiencia y la conciencia adquirida de lo concreto que se manifiesta en el accionar proletario, la tarea de fortalecerse en los métodos de lucha que van demostrando una real acumulación de fuerzas, de organización, creciendo en profundidad en cada centro productivo y de servicios, y en extensión, aceitando vínculos y relaciones con toda la comunidad, en particular con los establecimientos más cercanos, no sólo es el camino que marca perspectivas de crecimiento y éxito en la lucha económica, sino fundamentalmente crea los cimientos del poder obrero y popular a través de la construcción y organización del poder local, de abajo hacia arriba, germen del futuro poder revolucionario y embrión del Estado proletario.